



LA FELICIDAD

Sí, la conozco. Es bella. Una mañana
—maravillosamente—apareció
como una blanca sombra en mi sendero,
y me dijo:—Aquí estoy.

—¿Quién eres?—pregunté.

—La que tú esperas;
la tardía ilusión
que una vez sola viene; el prodigioso
sueño de paz de un fiel y último amor.
(Y mi alma estaba mustia; mis cabellos
grises: mi corazón helado ya).

Alcé los ojos; la miré: ¡Qué bella
es la felicidad!

—¡Piadosa mía! Llegas tarde; todo,
en mí, dormido para siempre está.—

Lloré un momento; le besé la mano,
le dije ¡adiós!., y la dejé pasar.

20 de julio de 1913



LA BALADA DE LA VUELTA DEL JUGLAR

A Rubén Campos

—Dolor: ¡qué callado vienes!
¿Serás el mismo que un día
se fué y me dejó en rehenes
un joyel de poesía?
¿Por qué la queja retienes?
¿Por qué tu melancolía
no trae ornadas las sienes
de rosas de Alejandría?
¿Qué te pasa? Ya no tienes
romances de *yoglería*,
trovas de amor y desdenes,
cuentos de milagrería?
Dolor: tan callado vienes
que ya no te conocía...

—
Y él nada dijo. Callado,
con el jubón empolvado,

y con gesto fosco y duro,
vino a sentarse a mi lado,
en el rincón más oscuro,
frente al fogón apagado.

Y tras lento meditar,
como en éxtasis de olvido,
en aquel mudo penar,
nos pusimos a llorar
con un llanto sin ruido...

—

Afuera, sonaba el mar...

Noviembre de 1912



DESDE UN LUGAR DE LA MANCHA...

Mortal anhelo que me sofoca,
hondo suspiro que de mi boca
no sale nunca, desdén callado,
hastío mudo, tristeza loca,
misantropía de lo creado;

¡Qué bien se ocultan en la secreta
cárcel del pecho! ¡Qué vida quieta
la que concluye todo mi drama!
¡Qué alegres gestos en la careta
de la sonrisa y el epigrama!

Fuí como tantos, aventurero
de la Quimera; fuí caballero
de la Esperanza... Y emprendí el viaje;
velé mis armas junto a un ventero,
y alcé castillos en un celaje.

Hice gigante todo molino,
rey encantado todo cabrero,
heroica senda todo camino,

peón bizarro todo carnero.
No oí, en mi noble sueño divino,
ni los refranes del escudero
ni los rebuznos de su pollino.

Por todas partes marqué las huellas
de mis hazañas; salvé doncellas,
acorrí al triste y al desvalido;
desfice entuertos, y a las estrellas
alcé los brazos, de mal herido.

Volví curado de mi locura;
tiré los libros y la armadura...
Ya soy Alonso Quijada, hidalgo
de ama y sobrina, barbero y cura,
lanza y adarga, rocín y galgo.

Fuí como tantos: viví a la buena
de Dios, aprisa, con alma llena
de afán curioso, de ansias cordiales,
sin egoísmos para la pena,
sin avaricias sentimentales.

Fuí como tantos: audaz e iluso;
—amor constante; dolor intruso;
tras los ensueños, los desencantos;
pesar, preciso; placer, confuso:
memorias, tristes.—¡Fuí como tantos!

Hoy es ceniza lo que fué brasa;
ya mi cerebro no se propasa;
no me imagino del mal azote,
y cuando salgo, no torno a casa
con las tristezas de Don Quijote.

¿De qué me quejo? ¡Si el mundo es ancho,
si el buen sentido rige la idea,
si el regio alcázar se volvió rancho!
¡Qué razón tienes, amigo Sancho:
la zafia Aldonza no es Dulcinea!

Ya no hay quien grite:—¡qué desatino!—
Amor, Justicia, Fe y Esperanza;
se perdió el noble sueño divino...
¡Ventero! Dame buena pitanza,
cómodo albergue y añejo vino.

¿Por qué este anhelo que me sofoca,
y este suspiro que de mi boca
no sale nunca, y este callado
desdén, y esta perenne y loca
melancolía por lo creado?

¿De qué me quejo? Voy por el mundo
ya no sangrante ni furibundo;
feliz, risueño, sin un ahinco:
no me desdeñes, sabio profundo,
ya me enseñaste cuántas son cinco.

Voy por el mundo sin desengaños,
sin ilusiones, sin los extraños
romanticismos de la ternura;
porque mis cuerdos cuarenta años
no me permiten esa locura.

Y llevo a cuestas mi poesía,
como el muchacho que noche y día,
para recreo de gente baja,
lleva en su viejo palo la caja
del organillo de Berberfía.



EL ROSAL ENAMORADO

Versos a una niña

Oye... Es así como pasa;
en el jardín de mi casa
que nadie cuida, y florece
con solicitud piadosa,
un viejo rosal me ofrece,
tarde por tarde, una rosa.

Yo estudio; mas al momento
en que invade mi aposento
la niebla sutil y oscura
que va borrando colores,
abandono la lectura
y salgo a ver a mis flores.
—Esta *a* del acusativo
no es error gramatical,
que bien me sé lo que escribo:—
¿mi extravagancia perdonas?
yo pienso—¡es original!
que las flores son personas,
principalmente el rosal.

¡Vieras con qué inclinación
de galán frente a su dama
me tiende un lindo botón
en la punta de la rama!

El rosal—no es ilusión—
me ha comprendido y me ama.
¡Y qué además donjuanesco,
qué gallardo y ágil brío
tiene, al darme el rojo y fresco
vaso de seda y rocío!
Parece decir: exhalo
fragancias en tu loor;
sueñas mucho, y eso es malo;
pero es por lo soñador
por lo que yo te regalo,
tarde por tarde una flor!

Femenilmente se entrega
la planta, y es tal su anhelo,
que me figuro que brega
por arrancarse del suelo.
A veces, cuando se inclina,
clava en mi mano una espina,
y así siento sus querellas,
y oigo un pájaro que trina
felíz, bajo la divina
claridad de las estrellas.

Y mientras bajo el imperio
de la noche azul medito,
pasan horas de misterio,
de leyenda, de infinito;
y yo, con el alma abierta
a lo sobrenatural,
evoco mi vida incierta
y sueño en mi novia muerta,

transfigurada en rosal.
 Y mi espíritu se asombra
 con imposibles deseos,
 y en la sombra, alguien me nombra,
 y hay, en la trémula sombra,
 palpitación de aleteos!...
 Es lo único que le queda
 al pobre corazón mío:
 una ensoñación que rueda
 al fondo de un desvarío,
 y una linda flor de seda
 salpicada de rocío.

Aquí tienes lo que pasa
 en el jardín de mi casa
 que nadie cuida y florece,
 donde—cual dádiva hermosa—
 un viejo rosal me ofrece,
 tarde por tarde, una rosa...

25 de agosto de 1913



MÁS ALLÁ DE LA MELANCOLÍA

Por la noche, moviendo en mi gaveta
 baratijas de antaño, pequeñeces,
 viejas cartas, reliquias amorosas,
 mi fútil colección de antigüedades,
 noté que, bajo unos papeles grises,
 oprimían mis dedos un relieve
 compacto, más suave... Era una rosa,
 una rosa marchita, cuyos pétalos,
 de un amarillo sucio, parecía
 que fueron blancos... ¿Quién decir pudiera
 el tiempo que hace que esta flor se esconde,
 olvidado cadáver de algún sueño,
 en su polvosa tumba de papeles?
 Arrugada, deforme, seca, enjuta,
 la ví de pronto, con su aspecto raro,
 como un muerto reptil. Y la memoria,
 por la curiosidad esclarecida,
 empezó a urdir su tela de añoranzas.
 ¿De quién fué? ¿Cómo fué? ¿Por qué la guardo?
 Y pasó radiante en las tinieblas
 de mi mundo interior, como a un prestigio,
 la cabalgata histórica, la antigua
 visión de mis deseos, la frenética

ronda de mis pasiones insaciables.
 Las mujeres que amé: desde la niña
 ingenua y dulce, que cantó en mi espíritu
 como una alondra al despuntar el alba,
 a la sensual faunesa, que en las noches,
 como un vampiro, me sorbió la sangre.
 Toda mi juventud, mis devaneos,
 mis amores profundos y dolientes,
 la simpatía desflorada apenas,
 el *flirt* galante, audaz y malicioso.
 Y la sonrisa trasmutada en beso,
 y la ilusión deshecha en desencanto,
 y la esperanza convertida en pena,
 y el ideal cristalizado en lágrimas.
 ¡Oh! Las metamorfosis misteriosas:
 el placer en hastío, las quimeras
 en sufrimientos, y la vida en muerte).

Y la curiosidad espoleaba
 a la memoria en vértigo, que iba,
 en su correr fantástico, batiendo
 la desnudez de mi alma, por castigo
 atada a ese caballo de Mazeppa.
 ¿De quién fué? ¿Cómo fué? ¿Por qué la guardo?
 Y aquella flor momificada—hosco
 talismán de un pasado que se esfuma—
 conservó, impenetrable, su secreto.
 Todo me lo contaron los papeles:
 «Yo fuí un amor ligero y caprichoso»;
 «yo, un dolor muy profundo y muy callado»;
 «yo, regocijo amable»; «yo, tristeza»,
 y «yo, desdén», y «yo, coquetería».
 Las reliquias de antaño refirieron,
 charla que charla, frágiles historias
 de aventura y milagro, de inocente
 castidad, y de ardor voluptuoso,
 y de noches azules y románticas

cuyo claror lunar se desleía
 en negros fondos de jardín, y de otras
 cárdenas noches de agonía inmensa,
 y lujuria, y pasión... (Rebelde carne,
 ¡cómo sentiste, en el espasmo, el duro
 estímulo brutal del sufrimiento!).

—
 Nombres, fechas, lugares, episodios,
 músicas y matices de mi vida,
 vinieron, evocados ágilmente,
 por mi dócil tristeza; mas el viejo
 cadáver de la rosa quedó mudo.
 ¿De quién fué? ¿Cómo fué? ¿Por qué la guardo?
 Y la memoria no me dijo nada.
 —¡Pueril anhelo de buscar la estela
 de la vida que pasa, bien conozco
 que ya la juventud está muy lejos!—

—
 Tal vez la rosa muerta vino un día,
 pura y fragante, a perfumar mi mano,
 y a traer, en sus pétalos de seda,
 una ilusión, una esperanza, un ósculo.
 Tal vez lucía, como joya, en una
 gran cabellera de mujer, y tuve
 el capricho infantil de arrebatarla
 entre la tempestad de las caricias.
 Quizás fué adorno fúnebre en un negro
 ataúd, y al fulgor de los blandones
 la recogí devotamente, como
 cáliz para mi llanto de amargura.
 ¡Quién sabe! Hoy sólo es una flor muerta,
 un despojo emblemático, un olvido.

Besé el cadáver de la rosa, y luego
lo enterré en su sepulcro de papeles.
Y pensé: ¡Baratija! tú, ¿hasta cuándo,
corazón, que me pesas y sofocas,
te quedarás como esta flor: deforme,
marchito, seco, mudo para siempre?

Marzo, 1912



COQUETERÍA

Bajo las enredaderas
que, alumbradas por la luna,
fingen, en fondo de sombras,
bordados de plata lúcida,
se abre la exigua ventana,
entre las piedras oscuras,
y es un manchón de amarilla
claridad en la penumbra.

Los blancos y leves tules
de los visillos, fulguran,
cual fina gasa de oro
transparente. Y la luz cruda
de aquel interior, se vuelca
hasta el pavimento, en una
ráfaga oblicua que prende
la temblorosa figura
de un radiante cuadrilátero,
en la tiniebla nocturna.

—
Es mi barrio. En la plazuela
todo duerme; nadie cruza

desvelado y nocharniago.
De la torre, en que relumbra
la cruz de azulejos, caen,
argentinas y profundas,
las horas.

Frente a la casa,
yo aguardo, lleno de angustia,
reclinado en el musgoso
brocal de la fuente pública.

De repente, en la ventana,
a líneas firmes y brucas,
como de chinesca sombra,
todo en negro, se dibuja
el perfil de un busto: ¡Es ella!
El corazón apresura
su latido, y la alegría
se me desborda y me inunda.

Miro abrirse la vidriera,
y el claro se me figura
el rompimiento de gloria
de un cuadro místico. Juntas
las luces del aposento
y las luces de la luna,
ponen un halo de virgen
en la cabellera rubia
de mi amada, que se asoma
y ansiosamente me busca,
y alza una mano y me llama,
y, con voz débil, pregunta:
—¿Estás ahí?

—Sí, mi reina,
—digo acercándome;—alumbra

mi pecho, con tus miradas,
mi vida, con tus ternuras.
Y empieza el diálogo: frágil,
trivial, pueril, sin ningunas
altisonantes palabras,
ni observaciones agudas;
un coloquio sin retórica,
de frase sencilla y pulcra,
que se nos entra en el pecho
y allí se nos vuelve música.
—¿Me quieres?

—¡Con toda el alma!

—¿Me olvidarás?

—¡Nunca, nunca!

Y el reloj suena en la torre,
y el cielo las nubes surcan,
y los astros se deslíen
como cristalinas púas;
y las ternezas se vuelven
besos pensados y puras
caricias en el espíritu,
y entre los labios azúcar.
No hay escala, porque no
se necesita: la altura
su amor baja, hecho promesa;
sube mi amor, hecho súplica.
—Ya es muy tarde: vete...

—¡Adiós,

mi bien, me voy; pero jura
que eres mía, sólo mía...!
—Sí lo juro, sí soy tuya.
Y se cierra la ventana;
y todo el muro es penumbra,

y yo camino alumbrado
por mi dicha y por la luna.

—

Este es el cuento de todos,
este es mi cuento: aventura
de poeta adolescente
en pláticas con la musa.
Este es, señora, el recuerdo
de mi juventud, que turba,
de cuando en cuando, el reposo
de la memoria confusa.
¿Corriente? ¿Vulgar? Sí; pero...
son mis veinte años que cruzan
—golondrinas en bandada—
por la desierta llanura
—nieve sin sol— de mi vida.
La emoción es importuna;
ya lo sé, señora, y pido
a vuestra bondad, disculpa.
¡Hermosa fiesta; elegante!
¡Cuántas lindas criaturas!
¡Qué aristocrático ambiente
siglo diez y ocho!...

Preludian
un vals... Os dejo, señora,
algo triste... ¿Por ventura
hurgando memorias viejas,
vos, también, soñáis en una
ventana que da al pasado?
¿Sois sentimental? ¿Os gusta
romantizar esta prosa?
Dejad que bese las puntas
de vuestros guantes, en señal
de alianza. Porque sin duda,

vos y yo sentimos cómo,
por el alma taciturna,
un aire de primavera
pasa, dejando frescura
en las hiedras de las ruinas,
y en las flores de las tumbas...

Agosto de 1909





MATTINATA

Amanecí poeta. ¡Buenos días,
claridad de los cielos, honda y quieta!
¡Valle patrio, salud! ¡Montañas mías,
salud! ¡Salud, azules lejanías!...
¡Qué alegre estoy! Amanecí poeta.

He abierto la ventana
a la luz de cristal de la mañana,
porque un travieso gnomo,
que interrumpió mi sueño, «ábrela—dijo,—
ya va muy alto el sol, ábrela, como
abres tu corazón al regocijo».

Hay una vida nueva,
divinamente nueva y milagrosa
que substituye a la árida y longeva
vida de ayer... (La pena, ¿qué se ha hecho?...
Parece que llevara yo una rosa
recién abierta en lo interior del pecho).
No soy un pensativo
cuya memoria, entristecida y flaca,
el recuerdo del mal lleva cautivo;
no es exquisita la emoción que vivo;
es una sensación paradisiaca,

es un cándido asombro primitivo.

Y el horizonte en una gran sonrisa
hecha de resplandores y destellos;
entre la bruma gris, el sol se irisa;
las magnéticas manos de la brisa
sacuden y embalsaman mis cabellos.
¡Qué paisajes tan bellos!

¡Qué suntuosas e imprevistas galas
en mustio Otoño, de ágil Primavera!
Mi espíritu es alondra mañanera
que vió la luz y desplegó las alas!
¿Quién me dió esta mirada de cariño
para ver un ambiente tan sereno?

¿Por qué me siento niño?
¿Por qué me siento bueno?

Mi alma no es hoy barranco
de tinieblas, sino cumbre de gloria.

¿Quién la limpió de escoria?

¿Quién la vistió de blanco?

¡Canta, corazón, canta,
tu hora de libertad! ¡La vida es santa;
y me da, hermosa y santa, en su belleza,
como supremo dón omnipotente,
el goce de sentirme un sér consciente
en el seno de la naturaleza!

¡El Dolor, la Tristeza!

¡qué mundos tan pequeños!

¡qué extrañas ilusiones!

¡qué efímeros ensueños!

¡qué frágiles visiones!

¿Con qué fuerza se alcanza
a volver la plegaria toda grito,
la aspiración al bien, toda infinito,
y el amor inmortal, todo esperanza?

La claridad del cielo, ¡qué quieta!
 En el confín ¡qué azules lejanías!
 ¡Qué profunda la paz y qué secreta!
 ¡Salud, valle! ¡Salud, montañas más!
 ¡Qué alegre estoy! ¡Amanecí poeta!

Septiembre de 1909



A NAUSIKAA

No arrojes tu ilusión en esta mansa
 corriente de mi vida, que hoy es pura
 linfa que bajó ciega a la llanura
 y del inútil batallar descansa.

No agites en mi espíritu sereno,
 que ya casi olvidó que fué torrente,
 limos y fangos de pasión. La fuente
 es azul, ¿ves?; mas en el fondo hay cieno.

Déjala, cristalina y transparente,
 mecer en calma un pétalo de rosa,
 donde, al son de la música de un trino,
 como en esquife perfumado y fino,
 alguna fatigada mariposa
 se embarque, rumbo al *florestal* vecino.

Cesa en tu audaz y juvenil empeño.
 Pasa tranquila, candorosa y bella,
 y asómate a mi espíritu risueño;
 en él brilla la luz de un limpio sueño
 como en un lago una remota estrella.

¡Paz, inefable paz la que corona
 las secretas borrascas de mi vida;
 serena paz que todo lo perdona,
 y que, bañada en fe, todo lo olvida!

Las ansiedades del amor enferman.
 No enturbies ya las aguas del Leteo
 en que boga mi espíritu... que duerman
 limos de mal y fangos de deseo.

Yo sigo en pos de la inmortal aurora
 que presienten las cumbres...

Es la hora
 en que el ánima, trémula y vestida
 de claridad, piadosamente llora.

No arrojes, lisonjera y atrevida,
 la ilusión juvenil y tentadora
 en la mansa corriente de mi vida!

Marzo 21 de 1913



INVOCACIÓN A UNA SOMBRA

A Nikyta

Sombra fiel, clara sombra de querube,
 sobra del *más allá*,
 que en pos de mí, como invisible nube,
 calladamente vas;

¡qué amor, qué gran amor, qué amor profundo
 el que sientes por mí,
 cuando dejas el cielo, y por el mundo
 me persigues así!

Fantasma azul, y misterioso, y manso,
 y dulce, y celestial,
 que haces renunciamiento del descanso
 por librarme del mal.
 ¡Gracias! Estás aquí; siempre te siento
 en la hora del dolor,
 cerca de mí, sobre mi pensamiento,
 junto a mi corazón.

¡Gracias, madre! Ya ves; tu hijo está triste,
 y en tu inmensa bondad,

sufres por esta vida que le diste
y le tienes piedad.

Y esta vida tan triste fué tu muerte;
que al mismo instante, de un
propio lecho nupcial, labró la suerte
mi cuna y tu ataud.

Estréchame en el flúido de tu abrazo,
sombra de querubín,
y abre la eternidad de tu regazo,
que me quiero dormir.

Bríndeme de su apoyo la delicia
tu mano sideral,
ya que no pudo hacerme una caricia
en su forma carnal.

Negro el presente está; negro el pasado,
y negro el porvenir.
y a tientas voy, como un niño extraviado,
por la noche sin fin.

Mas a través de tu alma—fino encaje
de luz—yo veo a Dios,
como a través de un diáfano celaje
se ve brillar el sol.

¡Sombra fiel que vigilas la asechanza
del dolor y del mal,
resucítame—¡oh madre!—la esperanza
que murió de esperar!

En pos de mí, va por las negras zonas
del mundo, tu virtud;
y si delinco, siempre me perdonas,
y si padezco, nunca me abandonas,
¡mi amor, mi madre, mi fantasma azul!

Noviembre 8 de 1912





SERENIDAD

Ya va casi la jornada de rendida
y aún camino melancólico y risueño;
los triviales incidentes de la vida
no enturbiaron la pureza del ensueño.

¡Alma triste que en Otoño estás florida,
y embriagada de aromático beleño,
y en la sombra, con tu lámpara encendida,
vas, impávida, en el éxtasis de un sueño!

Ni la sangre que ha brotado de tu herida,
ni el dolor, que a tu esperanza fué pequeño,
amenguaron esta llama inextinguida
en la que arde tu tristeza como un leño...
Los vulgares episodios de la vida
no mancharon la blancura del ensueño...

1913

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
ELEGÍAS	
De Rembrant	9
En memoria de mi perro	11
La elegía de mis manos	15
HUMORISMOS TRISTES	
Ansiedad	21
El viaje audaz	22
POEMAS CRUELES	
Carmen	25
Una juventud	33
VIEJOS ROMANTICISMOS	
Siebel	49
A solas	51
Íntima	53
Mis noches	55
A Dante	59
Sub terra	60
Perlas	62
Evocación	64
Entra, rayo de luna	66
Flor de invierno	68